

LA FALSA VIEJA

En el reino de Mathura —parecido a la cola de un pavo real y en donde el suelo entreabre en lugar de flores ojos de esmeralda y de diamante—, vivían bajo esta mirada dos pequeñas princesas cuya madre había muerto tempranamente. Su padre, un rajá de grises barbas, se las ingenió para casarse en segundas nupcias con una joven muy bella y muy mala. Esta odiaba y maltrataba a sus hijastras. El anciano, enamorado y dominado, le dejó hacer; no había día que no trajese su tormento. Agotada su paciencia, las niñas decidieron fugarse. Y estas dos cabezas rebeldes, de catorce y quince años, maduraron bajo sus bucles un plan de evasión. Burlando la vigilancia franquearon las puertas del palacio, las de la ciudad, y en una noche de luna por la selva las dos hijas del rey caminaban al azar mientras que el astro de rayo congelaba sutilmente su ingenuidad. Y no sabiendo correr las aventuras como unas juglaresas, el pánico les gana y comienzan a arrepentirse.

De repente aparece un suntuoso palacio en el que entran sin pensárselo: morada de un malvado Rakchas y de su mujer, que en nada le iba a la zaga.³ Los anfitriones ausentes; la casa vacía. Las fugitivas, muriéndose de hambre, ven arroz hervido en una fuente de plata y se lo comen con avidez. Terminaba la comida cuando se produjo un gran ruido: regresaban el ogro y su mujer. Las hermanas se pusieron a salvo en un tejado en forma de terraza; desde allí, por una abertura practicada en la pared, veían y oían todo lo que ocurría en el interior. El aspecto del Rakchas, poco tranquilizador: sus ojos llameaban, una barba erizada le llegaba hasta las rodillas, una enorme boca se abría sobre unos afilados dientes.

—Por los mil ojos de Indra —rugió al entrar—, alguien ha estado aquí, señora. Esto huele a carne fresca.

—¿Estás loco? —dijo la feroz mujer—. ¿Quién osaría arriesgarse en la sombra de este bosque? Se nos teme en treinta leguas a la redonda.

—Os repito, señora, que siento un olor que por sí solo basta para abrirme el apetito.

—Vuestros labios aún conservan el olor de la sangre: ¿no acabáis de cenaros unos mercaderes encontrados en la jungla?

—Como queráis. Me muero de sed y voy al pozo a sacar agua. Después haré mi ronda y muy hábil ha de ser el que se me escape.

3 Rakchas: genios maléficos, una especie de ogros.

¿Quién dirá que las princesas estaban contentas durante esta conversación?

Cuando la amable pareja fue hacia el pozo, la hermana menor, con una sangre fría maravillosa para su edad, se acercó suavemente. El ogro, ya entorpecido por una laboriosa digestión, se ocupaba de bajar el cubo, y su compañera, inclinada hacia adelante, trataba de dirigir las oscilaciones de la cuerda. Rápida como el rayo, la valerosa niña coge por el talón a cada uno de los esposos y los vuelca: estos atraviesan el pavoroso orificio, se debaten en el agua, llaman desesperadamente. Todo calla, el ogro y su mujer han dejado de vivir: no añadimos ninguna oración fúnebre. La morada rebosaba de oro y de plata, único resto de las pobres gentes devoradas hasta los huesos por su dueño. Las niñas poseían ahora estas riquezas. En la soberbia residencia, un único inconveniente: el de estar perdida entre los bosques. Dos jóvenes como Flor de Loto y Gota de Rocío quedaban muy expuestas en semejante lugar.

En la mansión, una de ellas estaba dedicada a los cuidados domésticos; la otra llevaba los rebaños a los campos. Esta última, Flor de Loto, aún siendo la más joven dirigía a la mayor. Antes de partir, mil recomendaciones: sobre todo, que no olvidara echar el cerrojo, y «si alguien llamase, no le abras sino con el rostro espolvoreado de carbón, para que no descubra tu belleza».

Por fortuna, nadie se aventuraba en el lugar maldito. Las pequeñas, poco a poco familiarizadas con su nueva

situación, se tranquilizaban mutuamente. Una tarde, arrastrado por el ardor de la caza, el hijo del rey Jastiná pura pasa ante el palacio del difunto Rakchas. Es un príncipe de la Ciudad de los Elefantes⁴ —tanto si estos tienen vida como si solo están esculpidos en pórfido— y es fuerte e impertubable, así que no es fácil que se asuste. Lejos de su séquito, marcha tranquilo por los alrededores de la morada, cuyo silencio le intriga. Los golpes de su jabalina no logran abrir la puerta, y el real cazador, que no es paciente, añade a las murmuraciones las amenazas. Gota de Rocío abrió con una mano tímida la puerta y tendió al adolescente la gamella de agua fresca que se ofrece a los viajeros. Irreconocible por el polvo negro que ocultaba su rostro y por unos andrajos apresuradamente arrugados que había puesto sobre su vestido, se la hubiese tomado por la más vulgar de las sirvientas. Aun así, el astuto príncipe no cayó en la trampa: presentía un misterio y, sin beber el agua ofrecida, la arroja bruscamente al rostro de la princesa, que vuelve a tomar su natural tinte encarnado. Impetuoso fue el procedimiento, pero el señor lo excusa tan elocuentemente como puede hacerlo un bello joven súbitamente herido de amor. Su corazón, su mano y sus tesoros, todo, se lo ofreció a la bella, quien permanecía

4 Jastiná pura, es decir, la Ciudad de los Elefantes, situada antaño a orillas del Ganges.

en silencio, intimidada, pensando en el regreso de su hermana. Ni por un momento admitió él la idea de que se pudiera rechazar el ser la nuera de un rey. El rubor y las lágrimas lo atribuye a una pudorosa turbación, y sin más consideraciones, rodea a la pequeña con sus fuertes brazos. Una litera esperaba en el bosque: ¡en ruta a Justinápura! ¡¿Cómo?! Ni tan siquiera el tiempo de escribir unas líneas de despedida, un verdadero rapto. Pensando en dejar un hilo conductor a la desdichada que al volver va a encontrarlo todo desierto, Gota de Rocío tiene una súbita inspiración. Deshace su collar, desgarrá un chal de muselina y, en cada jirón, envuelve una perla: su precioso peso fijará la tela a la hierba. El viaje dura varios días y ella siembra de perlas todo lo largo del camino, arrojando la última antes de entrar en el palacio, la casa de su futuro suegro. Una vez cerrado el portón de madera y nácar y ya en el patio, piensa en el abandono en que queda Flor de Loto; luego, solloza íntimamente y al unísono con los chorros de agua.

Allá lejos, atenuados sus rayos, el sol se inclinaba hacia occidente: a esa hora la pastora recogió su rebaño. Inquieta por la idea de que a diferencia de una querida costumbre nadie marchase delante de ella, entra rápidamente, llama, en vano rebusca por doquier, y por más que se afana, solo encuentra el eco despertado por la solitaria mansión. Se le hace patente la verdad: han raptado a su compañera. No duda que es mejor dormir que

lamentarse, y aplaza para el día siguiente sus indagaciones. Despierta antes de la aurora y advirtiendo una primera perla en el césped del extremo del jardín, adivina la intención de su hermana. Marcha recta en medio del polvo por una senda que el sol alarga. A veces pasa más de una hora sin que descubra ninguna perla. Por caridad, los campesinos le dan algunos puñados de arroz y le dejan acostarse en el establo: en su precipitación, no se ha llevado consigo ni la más mínima cantidad de dinero, no es un viaje de placer. La hermosura de la errante princesa la expone a peligros tales como ser raptada por alguien temible, señor o bandido, prendado de apetitosas golosinas. En cierta ocasión, cuando se disponía a pasar la noche en un foso, le dio miedo el cadáver de una vieja, muerta sin duda de hambre, que yacía allí mismo: esqueleto con la piel tensa. Superar su repugnancia le costó todavía más que quitar, delicadamente, la máscara seca y lavarla en el estanque vecino: la aplica a sus rasgos con la exactitud de una mano que se enguanta. Después, cortando una caña de bambú y apoyándose encima —la espalda encorvada, la cabeza bamboleante—, hizo su entrada por la mañana en las calles de Justinápura, protegida en lo sucesivo contra toda tentativa amorosa. «¡Qué vieja tan repugnante!», exclamaban desviando la mirada los transeúntes. Flor de Loto reía bajo las arrugas y tranquilamente recogía la última perla a la altura del palacio: había comprendido que su hermana no estaba

lejos. Incluso trató de meterse en la morada real, pero los guardias la expulsaron brutalmente. ¡Cómo iba a ser posible que alguien de tan fea calaña pudiera tener algo que ver con los grandes de la corte! Y se dijo a sí misma: «En otra ocasión tendré mejor suerte».

Flor de Loto entró al servicio en la casa de un agricultor en los alrededores de la ciudad: había que vivir, mientras tanto. Tan laboriosa como una hija de los campos, no se desalentaba por nada pese a haberle caído en suerte una pesada tarea. Las mujeres se apiadaban y, a causa de su fealdad, la ayudaban benévolutamente. Durante varias semanas, la niña guardó su máscara y su secreto —inverosímil heroísmo—, pero es inevitable que la coquetería recobre sus derechos. Así, por la mañana, se escapaba pronto del montón de hierbas, su lecho bajo el pórtico de la granja, para asearse en el cristal del estanque. Quitarse rápidamente la piel prestada, zambullir la voluptuosidad de su rostro en el agua pura. Peinar su larga cabellera, que se derrama hacia ambos lados del cuerpo y, una vez recogida, prender en ella una roja flor de loto, pues conserva un gusto inmemorial por esta flor de su infancia que lleva su mismo nombre. Goza libremente de la devolución de su imagen, la renueva con sus recuerdos, y hace provisión de sí misma, en secreto, para una jornada. La piel vieja, lavada, colgada del tallo de un junco, se había secado acariciada por la brisa. El día brilla: hay que volverse fea, encorvarse, reintegrarse a la granja y trabajar como una bestia de carga.